

HEREDAR EL MÉRITO

Los Cuerpos de la Nobleza

Por RAFAEL ATIENZA MEDINA

Señores académicos

El honor que me dispensan ustedes al recibirme se debe enteramente a su benevolencia al juzgar útil mi aportación a esta Academia. Por eso he de empezar expresando mi agradecimiento. No me atrevo a añadir que no defraudaré la confianza depositada en mí, porque eso no depende de la voluntad, sino del talento y el acierto. Parece elemental prudencia, pues, limitarme a expresar mi reconocimiento y satisfacción.

La prudencia es obligada, además, cuando se sucede en el usufructo de la medalla académica a una persona como Don José Hernández Díaz, que fue catedrático de Historia de Arte y rector de la Universidad de Sevilla, además de miembro activo de numerosas academias y sociedades, entre otras la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, la Hispanic Society de Nueva York y las vecinas academias de Medicina y de Bellas Artes Santa Isabel de Hungría. Entre sus virtudes quisiera destacar una muy rara, la modestia, que demostró a lo largo de su vida y en la que no hicieron mella las grandes cruces y reconocimientos que obtuvo. Pues con ser importantes esos títulos, mucho más lo fue su dedicación a la actividad académica, a la investigación y a la docencia. Fue un maestro vocacional y un investigador riguroso y exigente. Dirigió decenas de tesis y publicó numerosos libros y ensayos sobre arte e iconografía andaluces.

Los miembros de esta academia que lo llamaron a sus filas en 1935 deben ser felicitados por su acierto: sus servicios a esta casa durante sesenta y tres años fueron notables, tanto en intervenciones públicas como en trabajos, comunicaciones y contestaciones. Ocupar su sillón es, obviamente, un gran honor. Pero, por desgracia, el sillón no lleva aparejadas las virtudes de mi predecesor, que no son hereditarias ni transmisibles por ósmosis: requieren talento, esfuerzo y tiempo. Heredo, pues, el sillón de José Hernández Díaz como he heredado este frac de mi padre: sin que vayan acompañados de las virtudes de ninguno de los dos. Precisamente sobre esa materia, sobre la virtud heredada, en que se basa el discurso de la nobleza, va a versar mi intervención. Esta cuestión, que despertó grandes polémicas y pasiones, hoy suscita, si acaso, una distante condescendencia: ya no cabe discusión ni polémica y por ello despierta muy limitado interés; razón de más para agradecerles su presencia aquí

I

Con cierta periodicidad algún diario se hace eco de que una determinada orden nobiliaria ha celebrado una junta o capítulo; a veces la noticia va acompañada de fotografías mostrando salones, plazas o naves catedralicias ocupadas por grupos de personas, en su mayoría varones de edad madura, que visten unos uniformes, hábitos o capas de gran prestancia y colorido. El lector que ve esas fotos puede preguntarse cuántas de esas corporaciones existen aún, cual es su función actual y quizás qué tipo de personas son las que muestran interés en formar parte de ellas. Probablemente se sorprendería de saber que hoy en día existen más de cuarenta corporaciones nobiliarias en España y unas doscientas en Europa.

No es posible dar un número exacto, no sólo porque los listados difieren entre sí, sino porque no es fácil definir con un mínimo rigor qué cuerpos han de incluirse y cuáles no, o dilucidar cuáles están vigentes, o simplemente precisar en qué consiste, para un cuerpo de nobleza, estar vigente. Más que la enumeración de nombres y fechas, que no tienen particular importancia dadas las diferencias de toda índole entre unos y otros, el objeto

de este discurso es explicar qué tienen en común, qué principios o criterios intentan defender y a qué problemas se enfrentan en su difícil y anacrónica andadura.

Podría pensarse que la espectacularidad o el boato son la característica distintiva de los cuerpos de nobleza, como lo fueron en otra época: la festividad de la patrona de una orden de caballería era el día más espectacular del año en su ciudad. Nada más lejos: los hábitos y uniformes se lucen hoy tan sólo por compromiso o tradición, y apenas acabado el acto los participantes se visten apresuradamente de civil. La razón es obvia: un militar o un bombero pueden ir por la calle de uniforme sin causar la menor extrañeza. Quizás los peatones se fijarían más en un torero, un *geo* o un cardenal vestido de púrpura, pero su vestuario anuncia su cometido. En cambio, un caballero con el hábito de la orden de Malta o el uniforme de la Maestranza de Ronda, atravesando un paso de cebra, produce desconcierto porque esos uniformes no dan el menor indicio de cuál es la función, el cometido o la actividad de quién los lleva.

Tampoco es posible homologar a estos cuerpos por su historia, influencia o funciones: algunos han tenido una participación decisiva en la historia de su país o ciudad, mientras que otros no pueden presentar más mérito que la supervivencia. Algunos han dejado una impresionante herencia arquitectónica en Oriente Medio o Europa, y sus cruces y heráldica pueden verse en iglesias, fortalezas o paradores de turismo; de otros ningún rastro queda. Algunos son muy antiguos, aproximándose al milenio, otros sorprendentemente modernos. Algunos realizan una meritoria labor asistencial o cultural, otros tiempo ha que no les fue posible mantener actividad alguna. Casi todos han sido más influyentes de lo que hoy son, pero también puede haber algunos que se encuentren ahora en su mejor momento. Unos tuvieron su época dorada en los siglos XII y XIII, otros en el renacimiento, otros en el XIX e incluso en el XX. Y, naturalmente, todos han estado sujetos a la más o menos acertada gestión de sus juntas de gobierno, a la historia de sus ciudades y a mil avatares. En resumen, los hay de toda edad, influencia y condición.

Pero la pretensión de este discurso no es la de contribuir a la confusión, sino la de intentar clarificar y definir. De modo

que habrá que buscar unos rasgos distintivos de estos cuerpos. El primero y más original de ellos es que no seleccionan a sus miembros por sus méritos personales. Las personas que forman parte de esta Academia, por poner un ejemplo, han sometido su cualificación personal, sus méritos y trabajos, al juicio de los académicos. En los cuerpos de nobleza, en cambio, el candidato somete al juicio de los recibidores las virtudes y trabajos de sus antepasados en la guerra de los cien años o en la corte de Maximiliano. Aquel lejano mérito es el que los recibidores enjuician: el candidato es admitido en el cuerpo por sus *méritos heredados*.

El segundo rasgo distintivo es consecuencia de su origen. Aunque no todos, ni siquiera la mayoría, puedan exhibir raíces medievales, su lenguaje, principios y tradiciones proceden de la cultura caballeresca del medievo. De ahí el mantenimiento de una cierta grandilocuencia en la expresión o la frecuente apelación a lealtades y deberes irrenunciables. La forzosa modestia de la mayoría de estos cuerpos se compadece mal con su lenguaje, heráldica y ceremonial, y ello exige refinamiento y prudencia a sus órganos de gobierno y hace más difícil y meritorio mantener la dignidad y la circunspección.

Un tercer rasgo común es la voluntad de llevar a cabo actuaciones asistenciales o caritativas, por modestas que hayan de ser. La caridad y ayuda a enfermos y necesitados consta en las ordenanzas casi todos ellos, aunque no era su fin primordial, salvo en las órdenes hospitalarias; se consideraba una de las obligaciones naturales de una nobleza poderosa y rica. Lo que sucede es que es uno de los pocos fines que se puede seguir manteniendo: porque dirigir la política de la ciudad o del estado, influir en el pensamiento o la moda, otorgar prestigio o influencia, en fin, formar parte de la clase dirigente, es mucho más difícil.

II

La definición que da la enciclopedia Espasa de la voz *nobleza*, es indicativa de la vigencia del lenguaje nobiliario a principios del siglo XX: “La clase social formada por aquellas personas dignas de ser reconocidas por su virtud y méritos, propios o heredados”. En el último término –heredados– está la clave. El

concepto de nobleza lleva a pretender como hereditarios una especial consideración social y el acceso a ciertas funciones de gobierno: unas pretensiones sociales basadas en el prestigio y poder de los ascendientes.

Cabe preguntarse cómo un sistema tan aparentemente irracional ha mantenido su influencia durante tanto tiempo. Porque lo cierto es que la nobleza ha formado una clase particularmente resistente, que ha mantenido poder, riqueza y prestigio desde el siglo X hasta la Gran Guerra, superando toda suerte de cambios, cataclismos y contradicciones. A principios del siglo XX la nobleza europea continuaba siendo considerablemente rica e influyente, y mantenía en buena medida su prestigio e imagen. Un sistema criticado desde su nacimiento por su arcaísmo e irracionalidad ha mostrado, pese a los reiterados anuncios de defunción, una sorprendente resistencia a desaparecer. Ni siquiera cayó de muerte natural. Para su desaparición tuvieron que estallar la Guerra del 14 y la Revolución del 17, en las que perdieron su trono cinco emperadores, ocho reyes y dieciocho dinastías menores. Cortes, etiquetas, aristocracias y corporaciones nobiliarias fueron barridas en ese vendaval. Los dos grandes países vencedores, la Rusia revolucionaria y los Estados Unidos eran, además, antiaristocráticos por principio, y también este hecho influyó en el tipo de sociedad que siguió a la guerra del 14. Todo esto tuvo que darse para que la nobleza y sus corporaciones quedaran relegadas a unas pocas monarquías.

Las fotografías del cortejo fúnebre de Eduardo VII muestran hasta qué punto la caída fue fulgurante y espectacular. Desfilaron esa mañana de mayo de 1910, en representación de sus respectivos países, un emperador, nueve reyes, siete reinas, cinco príncipes herederos y cuarenta altezas reales e imperiales, en la más grande procesión de pompa fúnebre y realeza que el mundo había visto. En el tramo final de la cola, con un simple traje oscuro, marchaba Theodore Roosevelt. Tan sólo cuatro años de vida útil le quedaban a la inmensa mayoría de los uniformes, capas, armiños y condecoraciones que precedían en el cortejo a la austera figura del presidente de los Estados Unidos.

Tras la Gran Guerra, la nobleza que sobrevivió quedó reducida a los títulos y, lo que es más importante, inaccesible, no

sólo por la desaparición de la mayor parte de las monarquías que otorgaban las mercedes, sino por reducirse al mínimo la concesión de mercedes hereditarias por parte de las restantes. La absorción de los mejores era la savia de esa clase, y al bloquearse pasó de clase a casta. Se fue convirtiendo en una casta marginal, cada vez más alejada de la élite de grandes profesionales a los que ya no podía subyugar mediante el ennoblecimiento. En todas las etapas de su historia, la nobleza ha decaído al cerrarse y hacerse menos accesible.

III

Todas las élites han buscado alguna forma de perpetuarse. La más concisa definición de la aristocracia —clase dirigente hereditaria—, refleja el eterno deseo de transmitir a los descendientes las preeminencias o privilegios obtenidos mediante talento o esfuerzo. Transmitir y heredar las ventajas de una buena posición es un deseo general y da origen a diversos tipos de dinastías, que, simplificando, se pueden clasificar en dos: emuladoras y reverenciales. Las primeras requieren gran oficio y competencia: por más que el antepasado allane el camino, el mercado y el público pondrán al sucesor en su sitio. Como ejemplo pueden ponerse los profesionales de todo tipo: abogados, políticos, periodistas, matadores de toros.

Las dinastías reverenciales son aquellas en la que es muy difícil la emulación: sólo una vez se gana Waterloo o se compone *Parsifal*; únicamente cabe, pues, honrar la memoria de los antepasados. Estas dinastías incluyen a los descendientes de glorias nacionales y a los nobles: en el primer caso, el prestigio es mayor cuánto más cerca se está del origen; en el segundo, cuanto más lejos.

Por lo general, la duración de estas dinastías corre en sentido inverso al de su brillo e intensidad: las dinastías emuladoras son rutilantes, como corresponde al mérito de quienes la mantienen y, por la misma razón, de corta duración: no sobreviven al primer mediocre. El caso contrario es la nobleza, durante siglos preparada justamente para sobrevivir a los mediocres.

La decadencia es inevitable porque el principio dinástico y el competitivo son contrarios. Prueba de ello es la ausencia de

dinastías en el terreno del deporte; y es que en este campo el apoyo familiar sirve de poco y el éxito no depende de relaciones o influencias: sencillamente hay que correr más rápido, saltar más alto o meter más goles. Así de simple. En el deporte es dónde más lisa y claramente *gana el mejor*. Por eso en este campo no caben dinastías.

Hay que decir que no todo son inconvenientes donde no cabe emulación: la sombra del ilustre eclipsa, pero también ampara. Lo vemos a diario con los descendientes de algunos ciudadanos preclaros, que dedican parte de su vida a mantener la memoria del creador, a defender su lugar en la historia, y en ese aspecto se comportan como los nobles: al final se trata de obtener algún reconocimiento o ventaja del prestigio o poder de los antepasados. Todo ello es perfectamente comprensible: superarlo, incluso continuarlo, es imposible. Defender y mantener su nombre, sacralizar los lugares donde escribió o compuso, cuidar los centenarios y efemérides, constituyen labores de lealtad familiar, además de resultar convenientes.

En este campo dinástico puede incluirse el de las *buenas familias*. Ya decía Oliver Wendell Holmes que buenas familias son aquellas que fueron mejores, y, en efecto, si le hubieran preguntado a Saint Simon o al Conde-Duque —o a Emilio Botín— si eran *de buena familia*, hubieran llorado de risa: eran quienes tenían la nobleza, el poder y la fortuna. Es cuando mengua la posición y pierde lustre el apellido cuando se empieza a emplear este término, que quiere decir que hubo tiempos mejores. A la expresión *buena familia* le sucede como a la *excusatio non petita*: cuando hay que acudir a ella es demasiado tarde. Por otro lado, no se puede ser de buena familia eternamente; como la decadencia, es un término perecedero por definición: unas pocas generaciones, mientras se mantienen vivos los recuerdos y se puede citar a los abuelos, mientras la influencia, el ejemplo o el mobiliario del predecesor puedan producir una cierta distinción y refinamiento— o hasta que un descendiente audaz y triunfador inicie una nueva dinastía.

Ser decimonoveno marqués o vigésimocuarto duque es en verdad una hazaña genealógica: de todos los descendientes que ha podido tener quien obtuvo la merced, uno sólo hereda el uso del título y, por extensión, la representación del árbol familiar.

No es ocioso hacer unos números: imaginemos un conquistador de Ronda, ennoblecido por su participación en la toma de la ciudad en 1485. Imaginemos que tiene dos hijos, éstos a su vez otros dos, y así sucesivamente. Si calculamos una generación cada 25 años, nos encontraremos con que, al final del siglo XVI, tiene 16 descendientes. Al final del XVII, 256. Al final del XVIII, 4.096. Al final del XIX, 65.536, y al final del XX, 1.048.576. Naturalmente, hay que descontar las ramas muertas sin descendencia. Pero también podríamos hacer la cuenta al revés: cualquiera de nosotros que siguiera todas sus líneas de ascendientes hasta principios del siglo XVI se encontraría con un millón de antepasados, excluyendo los matrimonios entre parientes

Pues bien, de todos los descendientes de aquel conquistador, probablemente tan sólo un par de decenas se reconocerán como tales: quienes gustan de estudiar la genealogía familiar, o han mantenido archivos, o casas, o heredan el uso de un título de Castilla relacionado con la gesta. Como no podía ser menos, la descendencia se reparte de forma muy poco equitativa: unos son más descendientes que otros. Es frecuente ver a personas que, explicando su ascendencia, deslumbran a quienes tienen exactamente la misma. Primos y parientes escuchan con arrobó a quien oficia de descendiente, es decir, a quien se arroga la representación genealógica familiar por su primogenitura, interés en la materia o estudios genealógicos. No es que yo vaya a decir, y menos en un lugar como éste, que la nobleza es para quien la trabaja, pero sí que requiere algo más que ascendencia.

IV

El discurso de cierre es uno de los momentos más difíciles a que se enfrentan los cancilleres o tenientes al finalizar las reuniones o capítulos: pues han de pronunciarse sobre el papel de estos cuerpos y las obligaciones de sus miembros. Las formas y contenidos de las pláticas vienen condicionados por la larga historia de esas instituciones y por la retórica que invade los escritos y manifiestos de estos cuerpos desde su fundación: los secretarios o tenientes que estudian los archivos o leen las actas y prólogos, no pueden evitar el verse influidos por ese lenguaje

ampuloso y mayestático. Por otra parte, los discursos van dirigidos a un público que gusta de reconocerse en su pertenencia a estos cuerpos, y que se vería sorprendido si se modificase el solemne tono oratorio.

La vida de los cuerpos de nobleza ha cambiado mucho más que sus discursos. Durante siglos la nobleza ha sabido adaptarse a toda suerte de cambios sin necesidad de poner al día la retórica justificativa de sus privilegios. Al fin y al cabo, por arcaico que resultara el lenguaje, no ha cambiado mucho en un milenio el discurso del poderoso, con la consabida expresión pública de espíritu de servicio y obligaciones irrenunciables.

En la actualidad, al no quedar situación de influencia, riqueza o privilegio que justificar, ese exhorto constituye más bien un halago para los presentes - al expresarles que están obligados a algo por descender de quienes descienden - en lugar de la que era su función primigenia: recordarles que habían de justificar sus privilegios con su conducta.

La sensación de heredar deberes y obligaciones ha de ser, ciertamente, muy gratificante, pues aparece continuamente en prólogos, boletines y anuarios. Para la nobleza hereditaria siempre ha sido esencial mostrar una continuidad de vida y de conducta, como si los honores que se transmiten de generación en generación fueran acompañados necesariamente de los valores personales que representan. Hay, pues, que resaltar la exigencia de obligaciones que se inculcan a los hijos y se transmiten a las futuras generaciones. Parece inevitable que esas obligaciones terminen concretándose en labores gratuitas, desinteresadas, difícilmente medibles y que exijan más voluntad que competencia.

La búsqueda de las raíces y el mantenimiento de la tradición han sido, asimismo, una constante en estos discursos desde el principio. Pero no fueron necesariamente el objeto de la nobleza que más destacó. La raíz es, por definición, un factor limitativo y, a la larga, adocenante. Son las plantas las que están sujetas a sus raíces, no los animales, que son libres para desplazarse. La raíz huye de la luz, ata a la tierra, inmoviliza. Los nobles que más destacaron nunca se mantuvieron en su solar, sino que marcharon a Nueva España, a Flandes, a Granada. El animal emblemático del caballero era el caballo, un instrumento de viaje.

Los nobles que prestigiaron su escudo no pasaron a la historia por dedicarse a mantener la tradición, sino por competir, por arriesgar, en fin, por elegir lo más difícil: partir a la guerra, a la corte, a la política. Para ellos la tradición era la excelencia: el valor y la lealtad, no la rutina o el adocenamiento. Obviamente, es más fácil estudiar el archivo que emular al antepasado. El inevitable ensombrecimiento de la posición de preeminencia de todo descendiente ha llevado a muchos a buscar refugio en la tradición y en las raíces, que son formas de distinción a las que posiblemente se daría menor importancia si se mantuviesen el poder o la influencia. Sucede que preservar la tradición, como casi todo, requiere lucidez y buen hacer para evitar el lugar común y la autocomplacencia.

Todas las oligarquías han tenido por objeto el facilitar el camino a los descendientes, el que pudieran verse favorecidos por su nombre u origen. Era de esperar, pues, que éstos apelaran a cuántas ventajas o distinciones encontraran, y que apelaran más cuánto más difícil les resultara valerse en el mundo de la competencia. Esta cuestión se advierte en algunos cuerpos de nobleza: es de temer que muestren más interés por participar quienes buscan refugio e identidad en el calor colectivo de un medio de distinción, que los más audaces, demasiado atareados en el campo abierto de la competencia individual.

Atraer a los mejores no es tarea fácil. Para empezar, la tradición familiar y nobiliaria comporta grandes limitaciones: la selección de los méritos se hizo siglos atrás. El lenguaje, al que ya se ha hecho referencia, está consagrado por la historia y la costumbre, pero en ocasiones carece de la coherencia necesaria para atraer a las personas más exigentes; la grandilocuencia, además, resulta más fuera de lugar a medida que la institución o las familias que la componen pierden influencia social. Pues la apelación a la excelencia y al cumplimiento de obligaciones hay que refrendarla con hechos, y eso requiere capacitación y acierto. Hay una tendencia natural a pensar que determinadas tareas, por ser altruistas o abnegadas, no exigen gran competencia. Como dice Juan José Millás, todo el mundo tiene la fantasía de que podría escribir bien si se pusiera a ello. Pues a veces lo mismo sucede con el trabajo desinteresado y la entrega a causas edificantes.

Naturalmente que es deseable que los descendientes de la antigua nobleza cuiden de su solar, mantengan sus casas y estudien sus archivos, conozcan y transmitan a sus hijos la historia familiar y, en su caso, colaboren con las instituciones que fundaron sus mayores. En la medida en que esto sea posible se contribuye al enriquecimiento de la historia local y al mantenimiento de una tradición patricia. Es, además, lo que se espera y estima de ellos.

Pero profesar de descendiente no es fácil. Requiere sentido de la medida, perspectiva y distanciamiento, circunspección; requiere cualidades que van perdiendo matiz y refinamiento con el ejercicio continuo de ese papel y que son difíciles de transmitir a los herederos. De lo contrario, el descendiente puede acabar formando parte del paisaje, con sus predecibles y solemnes obviedades y frases hechas. Lo que mantiene viva a la nobleza inglesa no es el té en sus residencias campestres, ni sus colecciones y bibliotecas, sino el que continúen midiéndose en el terreno de la política. Es ahí dónde prueban sus condiciones y justifican su preeminencia.

Son el prestigio y el éxito en el mundo real los que legitiman al descendiente y otorgan peso a su opinión. Hace un par de generaciones era frecuente ver a grandes de España en diversas academias; les bastaba con su erudición y cultura, su afición a la historia, sus archivos y colecciones de arte; por todo eso su opinión era tenida en cuenta. Hoy día, en cambio, apenas queda espacio para aficionados. Sin el prestigio de una buena carrera o profesión es difícil que sea tenida en cuenta la opinión de un descendiente —por bien que mantenga sus archivos, por importantes que hayan sido sus antepasados en la historia de España.

No se puede esperar que una familia produzca, generación tras generación, descendientes siempre destacados: la medianía es, por definición, la norma. Una gran familia noble del antiguo régimen, mediante instituciones como el mayorazgo, podía mantenerse durante siglos en espera de que un primogénito ejemplar diera nuevo brillo y esplendor a la dinastía. Es obvio que todo esto ha cambiado radicalmente, no sólo por las continuas divisiones del patrimonio y la escasa importancia de los títulos: es que hoy día ni el nombre ni la fortuna son garantía de influencia o

prestigio. Sólo un pequeño porcentaje de personas alcanza la excelencia en cada generación, y es muy difícil que esas personas procedan de un grupo social tan reducido.

Para desgracia de quienes han de pronunciar los discursos en las reuniones de cuerpos de nobleza, los nobles no tienen un papel específico que ejercer. Es decir, no tienen un papel, o unas obligaciones, diferentes a las del resto de los mortales. Las consabidas normas de la conducta honorable, el pensamiento riguroso o el respeto a la inteligencia ajena son válidas para todos. Quien como descendiente de nobles considere que tiene mayores obligaciones, puede enaltecer su linaje y familia dando ejemplo de *virtud*: alcanzando la máxima excelencia en su trabajo y conducta. Es decir, actuando mejor que los demás: ese es su reto. Y quiero manifestar, y con esto termino, que si a mí me quedase algún reto o ambición, lo consideraría colmado al haber sido llamado a formar parte de esta Real Academia Sevillana de Buenas Letras. Muchas gracias.

He dicho.